

uno tiene su vocación particular y sus peculiares disposiciones; y sin embargo, por las particularidades y caracteres que los distinguen de otros, cada uno es hombre completo en el más verdadero sentido de la palabra; porque nadie puede serlo todo en sí solo. Sería infaliblemente su ruina intelectual y moral, si quisiera cada uno imitar todos los rasgos que caracterizan á los demás. Por eso es de temer que no alcance por completo su objeto esa especie de educación que quiere hacer de todos los niños verdaderos pozos de ciencia y producir hombres y mujeres prematuros, debilitando las facultades intelectuales, y ahogando las energías morales.

Pero si es imposible que el que quiere llegar á la perfección realice en sí todas las perfecciones que puede adquirir el hombre, hay que decir que tampoco es necesario. Todos pueden ser seres completos, sin ser todo en todas las cosas. Sólo ha llegado ahí un hombre. Aquél que unió á la naturaleza humana la inmensidad de la divinidad. ⁽¹⁾ Los demás tienen bastante con trabajar para perfeccionar, en el más alto grado posible, la parte especial que les tocó en suerte, y basta para eso que sean un todo; porque en la naturaleza humana, viviente y indivisible, están ligadas estrechamente todas las disposiciones y todas las capacidades. Cuando se perfecciona una de estas capacidades ó disposiciones exacta y naturalmente, y no á expensas de las otras, se ennoblecen con ella todas las demás. Por eso enseñan los Padres y los Teólogos de la Iglesia que están estrechamente ligadas entre sí todas las virtudes. ⁽²⁾ El que practica una, suponiendo que la practica con toda verdad y con toda perfección, ⁽³⁾ practica igualmente todas las otras. El que posee una, posee siempre muchas, y si los Santos llegaron á todas las virtudes, es porque practicaron

(1) Colosenses, III, 11.

(2) S. Agustín, *Trin.*, 6, 4, 6; *Ep.* 167 (291). S. Gregorio Magno, *Moral.*, 22, 2; Ezequiel, II, 10, 18. Sto. Tomás, 1, 2, q. 65, a. 1; q. 73, a. 1.

(3) Felipe de la Stma. Trinidad, *Theol. myst.*, II; tr. 2, d. 3, a. 3. (1874, II, 234-238); Juan de Sto. Tomás, *Curs. Theol.*, V, d. 17, a. 2, d. 2.

una con toda perfección. ⁽¹⁾ Freidank se expresa exacta y admirablemente cuando dice:

«Como el joven se asocia con el joven,
»La virtud acompaña á la virtud». ⁽²⁾

De donde se sigue que, para ser perfecto, nadie tiene necesidad de practicar completamente todas las virtudes. Basta primero que practique aquella que más en evidencia pone su naturaleza, sus tentaciones, su profesión, su estado y sus relaciones exteriores, y en segundo lugar, que la practique con toda la perfección posible. Nada importan ni el estado ni la profesión, porque no hay ningún estado, como no hay ninguna profesión, que sean obstáculo á la virtud; al contrario, son medios para llegar á la perfección, con tal que se soporten con buena voluntad las fatigas que exigen, y que se cumplan con exactitud las obligaciones que imponen.

Entre sus Santos, no cuenta la Iglesia sólo monjes contemplativos, misioneros, obispos, vírgenes y religiosos que han consagrado exclusivamente su vida á llegar á la perfección. Venera también Santos, que en forma verdaderamente natural y verdaderamente cristiana, han desarrollado sus aptitudes puramente humanas, y, como sabios, hombres de estado y artistas, no han vivido en el mundo en apariencia, sino según su vocación. Es idea fundamental de la Religión cristiana que todos los que desarrollan perfectamente sus dones naturales no son sólo hombres perfectos, sino también modelos para los cristianos de todos los tiempos y de todas las generaciones. Además, si practica alguno con tanta fidelidad como perfección sus particulares deberes de cristiano, deberes que no añaden mucho á los deberes puramente humanos, sino que los determinan de una manera más precisa, ⁽³⁾ entonces le da la Religión cristiana el premio

(1) S. Ambrosio, *Luc.*, V, 63.

(2) Freidank, 52, 18 y sig. (Bezzengerger, 114).

(3) Sto. Tomás, 1, 2, q. 94, a. 3; q. 99, a. 3 ad 2; q. 100, a. 1; q. 106, a. 1 ad 2.

de cristiano perfecto y de Santo, no siendo, por el contrario, reconocido como cristiano perfecto ó como Santo el que tenga lunares en el cumplimiento de sus deberes de hombre.

Aquellas mujeres cristianas, Nonna, Macrina, Antusa, Mónica, que arrancaron al intolerante Libanio esta exclamación de asombro: «¡Que admirables son esas mujeres cristianas!», durante sus días de aquí abajo, parecieron vivir nada más que para sus hijos y para su familia; y así precisamente se hicieron santas. La vida de un Fray Angélico, de un Jiménez de Cisneros, de un Tomás Moro, de un Godofredo de Bouillon, de un San Luís, de un Suárez, de un Mabillon y de tantos otros, prueba suficientemente que la erudición, la caballería, la fidelidad á su vocación, cualquiera que sea, no sólo no crean enemigos al Cristianismo, sino que forman la base de la más alta perfección cristiana, donde se observa fielmente su verdadero espíritu.

11. La gracia y la santidad en armonía con la naturaleza.—Escandalízase muchos de las debilidades y de las flaquezas humanas que se encuentran en las vidas de los Santos. Complácense otros en poner de muestra á la luz del día y como un gran triunfo una falta que han descubierto en la vida de un pobre cristiano. Después, por añadidura, exclaman: «Ved cómo conduce necesariamente la Religión al rebajamiento de la naturaleza humana». En lo contrario está la verdad. Hasta las flaquezas humanas en las vidas de los Santos muestran que es una infamia pretender que la Religión sea enemiga jurada de lo natural. La gracia no destruye jamás la naturaleza; la verdadera piedad, jamás destruye las inclinaciones naturales; ni el amor de Dios ha hecho desaparecer nunca las verdaderas tendencias humanas. El cristiano es siempre hombre; á mayor abundamiento, sus aspiraciones son llegar á ser hombre completo; no tiene por qué avergonzarse, tiene hasta derecho para gloriarse de ello.

Todos nuestros escritores sagrados escribieron bajo la in-

fluencia del Espíritu Santo, y todos escribieron con su estilo propio. Todos nuestros Santos tienen su carácter peculiar. ¡Qué originalidad en el Apóstol San Pablo! Dificilmente se puede imaginar que pueda haber quien se le parezca entre todos los hombres pasados y futuros. En sus principios, no respira sino rabia; después se hace celador intrépido; ayer era un tigre, sediento de sangre extraña; hoy sólo desea derramar la suya. Independiente de todos, se hace, sin embargo, siervo de todos. Padre severo con vara, nadie será débil sin que también lo sea él. ⁽¹⁾ Por esto, no sólo no se ha aniquilado, sino que se ha ennoblecido; ha llegado á ser un hombre completo, un santo perfecto; y por eso se sentará sobre uno de los doce tronos, para juzgar, no sólo á los que han cerrado sus oídos y sus corazones á su predicación cristiana, sino también á aquellos que se han quedado atrás en el cumplimiento de sus deberes puramente humanos. Cerca de él estará entre los Apóstoles el muy amado Discípulo. Entre los dos, Pedro, su príncipe y su jefe, más grande que ellos en debilidad y en fortaleza. Los tres difieren entre sí por las cualidades especiales que los caracterizan; pero los tres son completos como hombres, completos como santos é iguales en magnificencia. ¿Puede imaginarse mayor contraste en la más hermosa asamblea?

Sobre la montaña de la Transfiguración apareció el Señor entre Moisés y Elías, y ambos brillaban con el mismo esplendor, y ambos estaban igualmente cerca del Santo de los Santos. El primero es el más manso de los hombres; ⁽²⁾ el otro es el hijo del fuego, é hizo que quedasen devorados por el fuego los desgraciados mensajeros que le habían tratado sin respeto. ⁽³⁾ Millares de Santos rodean el trono del Cordero; todos lo han copiado; todos se han formado según Él, pero todos lo han hecho de diferente manera, y no sólo tratando de aventajarse los unos á los

(1) I Cor., IX, 19; IV, 21. II Cor., XI, 29.

(2) Números, XII, 3.

(3) IV de los Reyes, I, 12.

otros en santidad—porque no hay diferencia, sino en los grados, no en las cualidades,—sino, ¡cosa admirable! haciéndose todos Santos, unos de una manera, otros de otra, cada uno, según sus preferencias. ⁽¹⁾ Todos forman el más grande contraste; á todos anima el mismo espíritu, pero tan diferentes como las naturalezas, han sido los medios empleados para perfeccionar aquel espíritu.

¡Qué hombre tan singular Hilarión! Sobre su cuerpo extenuado no lleva más que un vestido de penitencia que causa miedo; jamás ha lavado ese vestido, deja que se caiga á pedazos, creyendo que es un mal la elegancia en un penitente. ⁽²⁾ Y, sin embargo, le siguen millares de personas, y van tras él de desierto en desierto, de isla en isla, á donde quiera que huye delante de ellos. En su descuido exterior, sienten perfectamente el espíritu maravilloso que le anima, y que, como al Apóstol, le hace considerar «todo adorno como estiércol». ⁽³⁾ Esta conducta singular del hombre maravilloso es seguramente una excepción entre los Santos, uno de esos ejemplos que, como se dice vulgarmente, son para alabar y no para imitar. No hemos querido omitir este hecho, para hacer resaltar más la importancia de este punto, á saber, que no puede censurarse tal manera de obrar, que tampoco la aprueba uno para su propia persona y que aun se le podía imitar mucho menos. Es necesario juzgar á cada uno por sí mismo y apreciar su conducta según su propia y personal originalidad. Y entonces se explicarán y se excusarán muchas cosas en una persona, aun cuando no se hagan soportables en otra. Apenas si hay un Santo que haya seguido á Hilarión en su camino. Al contrario, podría mejor decirse que ha caracterizado más ó menos á todos el cuidado que han tenido con el exterior de su persona. Por amor á la limpieza, dejaba Catalina de Sena su vestido de penitencia; creía que la limpieza exterior debía responder á la pu-

(1) S. Bernardo, *In f. Omn. Sanct.*, s. 5, 1.

(2) S. Jerónimo, *Vita Hilarion*; 10, (Vallarsi, II, 17).

(3) Filipenses, III, 8.

reza interior. ⁽¹⁾ Felipe Neri aborrecía de corazón todo desorden y toda suciedad exterior, particularmente en los vestidos. ⁽²⁾ En su pobreza, se acordaba también Santa Teresa de la decencia y de la limpieza. ⁽³⁾ Hasta en su lecho de muerte recibió con reconocimiento los hábitos limpios. ⁽⁴⁾

Tales son las enseñanzas que recibimos de los Santos; en nuestros juicios sobre los hombres, nos enseñan á distinguir lo ordinario de lo extraordinario, después á reservar para lo primero la imitación y para lo segundo la admiración.

Si consideramos así sus acciones, con sus ejemplos aprenderemos á formar en nosotros la misma independencia de carácter, y, por consiguiente, aquella solicitud, aquella lucidez de juicio que, en las mismas circunstancias ordinarias ó extraordinarias, nos haría capaces de hallar exactamente lo que nos conviene. Enseña Domingo algo que no traspasa los límites de lo ordinario cuando aconseja á los predicadores del Evangelio que no usen vestidos mundanos para ir á predicar la fe, sino conformes con la pobreza evangélica. ⁽⁵⁾ Otón de Bamberg, por su parte, obró por convicción, y bajo la inspiración del Espíritu Santo, cuando partió á conquistar para la fe un nuevo país. Llevaba un brillante séquito, é iba ricamente vestido. No se avergonzaba de todo aquel aparato de príncipe, porque sabía que los Pomeranos, á quienes iba á convertir, aborrecían la pobreza, y jamás hubieran querido escuchar de los labios de un pobre la doctrina del Evangelio. ⁽⁶⁾ La cristiandad honra á los dos como Santos. Luís Gonzaga ⁽⁷⁾ y Eladio ⁽⁸⁾ no ven más que la celda que habitan; Bernardo ca-

(1) Raymund. Cap., *Vida de Sta. Catalina de Sena*, 1, 3, 61, (Balland).

(2) Barnabœus, *Vida de S. Felipe Neri*, 21, 276, (Bolland).

(3) Ribera, *Vida de Sta. Teresa*, 4, 1, 8, (Bolland).

(4) Bolland, *Comment. in vit. S. Ther.*, 1009.

(5) Teodorico de Apolda, *Vida de Sto. Domingo*, 1, 2, (6), 29, 30.

(6) Ebbo, *Vida de S. Antonio*, 2, 1, 39, 40, 43.

(7) Cepari, *Vida de S. Luís Gonzaga*, 2, 1, 128.

(8) *Vitæ Patrum*, 5, 4, 16.

mina un día entero á lo largo del lago de Ginebra sin notarlo; ⁽¹⁾ de tal manera estaban en su interior engolfados en la contemplación de su Dios.

San Benito enseña á los suyos que escojan siempre los sitios más deliciosos para edificar sus Monasterios, para elevar más fácilmente sus corazones á Dios, con el constante espectáculo de las bellezas de la naturaleza.

Cada uno obra según sus principios; cada uno obra según sus convicciones y según su conciencia; por eso obran todos con justicia. De este modo los contrastes se igualan y concurren al mismo fin.

Pedro Damiano y Gregorio VII, aquellos dos inseparables hermanos de armas, que lucharon toda su vida en el mismo campo, eran tan diferentes en sus caracteres y en sus miras que, queriendo designar ingeniosamente el primero la oposición recíproca de sus naturalezas, tenía gusto en llamar á Gregorio su «San Satán». ⁽²⁾ La Congregación de Santos, que, en su unión íntima, transformaron la Ciudad Santa y el mundo después de la gran tormenta del siglo XVI, aquel Pío de voluntad de hierro, Felipe Neri y Félix de Cantalicio, tantas veces insultados, el austero Carlos Borromeo, el inocente joven Luís de Gonzaga, lo mismo que su rígido padre San Ignacio, aquellos sabios dignos de ser colocados en el catálogo de los Santos, tales como Baronio, Belarmino, Toledo y Lemos, sin olvidar á Sixto V, el terrible restaurador del orden público, el gran político, ⁽³⁾ ¿será posible en menos palabras indicar más señalados contrastes? ¿Podrían hallarse caracteres más independientes los unos de los otros; caracteres

(1) Gaufrid. *Vida de S. Bernardo*, 3, 2, 155, (Bolland).

(2) S. Pedro Damián, *Ep.*, 1, 19; cfr. 1, 11.

(3) Bien podía el autor haber citado entre estos grandes caracteres á S. José de Calasanz que durante cincuenta años, en las postrimerías del siglo XVI y en los comienzos del XVII, fué en Roma la admiración de todos los Pontífices y el consuelo de las clases desheredadas para las cuales fundó las Escuelas Pías, adelantándose en tres siglos al pensamiento de nuestros cacareadores amantes del pueblo. Fué todo un carácter, uno de los hombres más completos que hayan existido, y por lo tanto uno de los más grandes Santos. (Nota del Traductor).

que hayan acentuado en más grande medida la marcha de su desenvolvimiento hacia la perfección, cada uno según las disposiciones propias de su naturaleza, y que, sin embargo, estén más estrechamente unidos por los lazos de una misma actividad y de un mismo espíritu?

12. Serían más frecuentes los Santos, si hubiera más hombres fieles á la naturaleza.—Á donde quiera que me vuelva para hablar de la perfección, siempre y en todas partes, oigo como respuesta esta exclamación: «¡Hallos Santos: sí, eran Santos!» Pero, ¿no eran también hombres los Santos? ¿y no lo somos también nosotros? En vez de lanzar esas exclamaciones, ¿no sería mejor que nos hiciéramos estas preguntas? ¿Cómo se hicieron Santos? ¿Cuál es la manera de hacernos Santos? ¿Cómo podremos llegar nosotros á ser Santos?

La idea que se ha formado el mundo de los caminos que conducen á ese fin, y de las complicadas máquinas que, según él, son necesarias para llegar allá, es cosa que asombra. Lo que no causa sorpresa alguna es ver como el mundo y la piedad se hacen ridículos sin alcanzar jamás ese fin y, sin embargo, ¡es tan fácil y seguro el camino que á él conduce!...

Más todavía: ¿cómo llegaremos á ser Santos? Comenzando, como ellos, por ser hombres completos, perfectos y naturales; después, entregándonos, como ellos, para lo que quiera hacer de nosotros el Creador; y en fin, desarrollándonos, como ellos, conforme á nuestras disposiciones naturales. No se consigue por la ciega imitación de las personas que no tienen ni nuestras aptitudes ni nuestra vocación. Para alcanzar ese fin, debe cada uno perfeccionarse á su manera, según sus inclinaciones y en los límites fijados por su deber, por su vocación y por su especial condición en el mundo. Y todo esto sin violencia, con sencillez, sin afectación, sin cuidarnos de la manera de obrar de los demás, y sin juzgarlos, porque sus preferencias pueden ser dirigidas tanto hacia un modo de obrar como hacia otro.

¿Por qué son hoy tan raros los Santos, que cree el mun-

do extinguida la raza? Porque hay demasiados hombres que no comprenden la santidad, y que, aunque la comprendan, no tiene valor para ser naturales. Dádnos hombres sencillos, verdaderos, naturales; con ellos, aun hoy día, con la gracia de Dios, haremos Santos, si se han hecho ya ellos hombres completos sin la gracia.

Una pregunta más: ¿Por qué tenemos tan pocos hombres? Y entiendo por hombres los hombres verdaderamente dignos de este nombre, los hombres completos. Porque ya no tenemos Santos. La imperfección es enfermedad de la naturaleza. La virtud es su santidad. Ciertamente que la virtud y la santidad cristianas son más que la simple naturaleza, pero se encuentran en la naturaleza perfecta. ⁽¹⁾ Dénos Dios Santos, y verá de nuevo el mundo la maravilla en que apenas si tiene fe. Verá hombres completos, hombres naturales.

(1) S. Basilio, *Hexam.*, 9, 4.

CONFERENCIA XVIII

ECCE HOMO

1. **Cuán benéfica y necesaria para el hombre es la influencia personal del hombre.**—Entre los más grandes consuelos y los más puros goces de la vida hay que enumerar la felicidad de encontrar aquí abajo, en este mundo de imperfección, un hombre de quien no es posible separarse, sin tener el firme propósito de llegar á ser mejor. Raro, muy raro es que tal hombre se halle; pero, gracias á Dios, los hay por todas partes. Digno de lástima es, en verdad, el que no ha tenido la felicidad de encontrar alguna vez á ese hombre; porque no puede imaginarse la rapidez con que una palabra, por breve que sea, que sale de un corazón verdaderamente piadoso é interior, nos eleva sobre las miserias de la tierra, ilumina las tinieblas de nuestra alma, despierta en nosotros el entusiasmo para todo lo que es bueno y noble, y nos ayuda á vencer las dificultades en apariencia insuperables; ¡Y bien sabe Dios cuán innumerables son en la vida esos instantes en que amenaza aplastarnos al mundo! En vano trabajamos por buscar en nuestras propias reflexiones ó en los libros remedio á nuestros sufrimientos, fuerza para el sacrificio y victoria sobre nuestras pasiones. Está como oscurecida nuestra inteligencia, enervada nuestra voluntad y debilitadas todas nuestras energías. Estamos como el pájaro ante la boca de la serpiente pronta á engullirlo; queremos sacudir nuestras fuerzas paralizadas, pero nos debilitan más y más todos nuestros esfuerzos. No es capaz de levantarnos y de darnos paz y consuelo para afrontar nuevos